Galicia Encantada

20 ANIVERSARIO 2005 ✦ 2025

Enciclopedia de Fantasía Popular de Galicia

Medicina

CATEGORÍAS RELACIONADAS

Os tres demiños no corpo do mozo de Monforte

Ofrecemos aquí un interasantísimo texto publicado en “La Iberia” o 12 de setembro de 1887, arredor dun ritual de exorcización para expulsar do corpo dun mozo de Monforte de Lemos tres demiños.

A transcrición é do profesor José Manuel Pedrosa.

Los demonios en el cuerpo



LOS DEMONIOS EN EL CUERPO

Un vecino de Monforte, habitante en la calle de Remberde, tiene un hijo que padece de una fuerte afección nerviosa que le produce continuos mareos, que le afectan, unas veces con más intensidad y otras con menos, á la vista y á los oídos.

Por la extraviada imaginación del mozalbete cruzan constantemente, en abigarrada confusión, cabezas monstruosas, figuras fantásticas que le hacen desvariar. Además, el enfermo oye campanas continuamente, gritos violentos y otros mil ruídos.

Interesado el padre, como es natural, en su curación, se lamentaba con un anciano amigo suyo, llamado Bonifacio, de los males de su hijo, pero éste le tranquilizó.

—El enfermo no está de peligro ni mucho menos; tiene metidos en el cuerpo tres diablillos, pero yo se los sacaré, pues de lo contrario tu hijo se morirá, y los demonios se llevarán cuerpo y alma á los infiernos.

Aceptó el padre, desde luego, el medio de salvación por su amigo propuesto, que fué practicado ante multitud de habitantes de la ciudad en las inmediaciones de la capilla de San Lázaro.

Y aquí dejamos la palabra al corresponsal de un periódico de Lugo, del cual tomamos la noticia:

«Reuniéronse á las once de la noche el tío Bonifacio, y el padre del enfermo y éste, provistos de una estola cada uno, facilitada por el sacristán de las monjas, llevando un clavo, un martillo, una vela, tres pedazos de pan, tres sorbos de vino, varios escapularios, rosarios y medallas. Dió principio el acto, comiendo cada uno el correspondiente pedazo de pan y bebiendo su vino, encendieron la vela, colocaron al muchacho todos los escapularios, rosarios y medallas, pusiéronse ellos las estolas, dejaron la vela encendida sobre la mesa y rompieron la marcha hacia la capilla de San Lázaro á las doce menos cuarto para estar allí á la media noche en punto.

Marcharon los tres procesionalmente; al llegar á la puerta, el exorcista dió tres golpes, recitó algunas oraciones originales, y dieron nueve vueltas alrededor de la capilla; terminadas éstas, el tío Bonifacio preparó el martillo é introdujo el clavo en la puerta con tres fuertes golpes, clavo que el embrujado tenía que arrancar con los dientes. Si lo extraía huirían los demonios; si no, quedarían dentro mortificándole.

Terminados estos ejercicios, que duraban hasta la una, se retiraban á su casa, y si encontraban la vela apagada era que los diablos querían volver á penetrar en su cuerpo, y si encendida que pugnaban por salir: después de esto sentábanse á la mesa y comían desde la una y media hasta las tres de la madrugada que el exorcista, bien alimentado, se retiraba á descansar para repetir al siguiente día los ejercicios.

Todo esto se hizo en cada uno de los días 2, 3 y 4 del que rige, hasta que la prohibición del señor alcalde vino á poner término á esta farsa, bajo prevención de que si continuaban con esa práctica, irían á parar á la cárcel.»

Un vecino de Monforte, habitante en la calle de Remberde, tiene un hijo que padece de una fuerte afección nerviosa que le produce continuos mareos, que le afectan, unas veces con más intensidad y otras con menos, a la vista y a los oídos.

Por la extraviada imaginación del mozalbete cruzan constantemente, en abigarrada confusión, cabezas monstruosas, figuras fantásticas que le hacen desvariar. Además, el enfermo oye campanas continuamente, gritos violentos y otros mil ruidos. Interesado el padre, como es natural, en su curación, se lamentaba con un

anciano amigo suyo, llamado Bonifacio, de los males de su hijo, pero este le tranquilizó.

—El enfermo no está de peligro ni mucho menos; tiene metidos en el cuerpo tres diablillos, pero yo se los sacaré, pues de lo contrario tu hijo se morirá, y los demonios se llevarán cuerpo y alma a los infiernos.

Aceptó el padre, desde luego, el medio de salvación por su amigo propuesto, que fue practicado ante multitud de habitantes de la ciudad en las inmediaciones de la capilla de San Lázaro. Y aquí dejamos la palabra al corresponsal de un periódico de Lugo, del cual tomamos la noticia:

"Reuniéronse a las once de la noche el tío Bonifacio, y el padre del enfermo y este, provistos de una estola cada uno, facilitada por el sacristán de las monjas, llevando un clavo, un martillo, una vela, tres pedazos de pan, tres sorbos de vino, varios escapularios, rosarios y medallas. Dio principio el acto, comiendo cada uno el correspondiente pedazo de pan y bebiendo su vino, encendieron la vela, colocaron al muchacho todos los escapularios, rosarios y medallas, pusiéronse ellos las estolas, dejaron la vela encendida sobre la mesa y rompieron la marcha hacia la capilla de San Lázaro a las doce menos cuarto para estar allí a la media noche en punto.

Marcharon los tres procesionalmente: al llegar a la puerta, el exorcista dio tres golpes, recitó algunas oraciones originales, y dieron nueve vueltas alrededor de la capilla; terminadas estas, el tío Bonifacio preparó el martillo e introdujo el clavo en la puerta con tres fuertes golpes, clavo que el embrujado tenía que arrancar con los dientes. Si lo extraía huirían los demonios; si no, quedarían dentro mortificándole.

Terminados estos ejercicios, que duraban hasta la una, se retiraban a su casa, y si encontraban la vela apagada era que los diablos querían volver a penetrar en su cuerpo, y, si encendida, que pugnaban por salir.

Después de esto sentábanse a la mesa y comían desde la una y media hasta las tres de la madrugada que el exorcista, bien alimentado, se retiraba a descansar para repetir al siguiente día los ejercicios.

Todo esto se hizo en cada uno de los días 2, 3 y 4 del que rige, hasta que la prohibición del señor alcalde vino a poner término a esta farsa, bajo prevención de que si continuaban con esa práctica, irían a parar á la cárcel.